

La infeliz criatura, vestida de amorcillo, debía representar á Cupido prisionero; mas aquella inocencia entregada al ludibrio de una turba ebria de polvo y de orgía, aquella infancia inerme expuesta á los rigores de una temperatura aun siberiana, partía el corazón.

Por el Corso, por las bocacalles y por las plazas rebosantes de concurrencia loca, á través de la nube de polvo que todo lo cubría debajo del cielo plomizo, veíase entrar y salir, bamboleándose, el carruaje con el amorcillo de peluca rubia entre cintas voladoras.

Le miraban todos: bellas señoras, vestidas de pieles, que se asomaban á los balcones, sonriendo con indiferencia; agentes de orden público, aturdidos por el estrépito de la multitud que vigilaban; y soldados de á caballo, alabarda en mano, rígidos como si presenciaran un entierro. Le miraban los hombres, riendo; los otros niños con envidia; las madres, con un suspiro.

El sol había desaparecido tras las cúpulas de los altos edificios; y el viento norte soplaba helado, más helado que nunca, arrastrando jirones de nubes.

Por el aire, atosigado de impuras emanaciones, subían como salvas agudas ó vibraciones prolongadas, los descompuestos gritos de alegría: verdadero aullido de aquella fiera que se llama gentío delirante. Los *gettones* cambiados entre los carruajes y de la calle á las ventanas, se cruzaban como cohetes, llevando á todas partes puntos luminosos, arcos plateados y penachos amarillos; mientras llovían abundantemente los confites de yeso, que ensuciaban y herían, suscitando las iras de los que no saben tomar con paciencia... ni siquiera el carnaval.

De vez en cuando aparecían algunos carros más bonitos, con guerreros de relucientes cascos, muchachos con grandes pelucas y mascarillas provocativas; y á pie, como desecho, máscaras repugnantes, que empuñaban botellas y paraguas destrozados.

El niño estaba aterido cada vez más, la inmovilidad forzosa le daba escalofríos y los dientes le castañeteaban.

—¿Qué haces, pequeñito? ¿Casacas avellanas?—le preguntó el más respetable de los romanos, cuya vozarrón de verdugo benéfico hacía temblar su barba postiza sobre la cara del amorcillo.

—Es capaz de tener miedo—contestó despreciativamente un pilluelo escriturado para *juven patricio*, y al cual, por debajo de la túnica, se le veían los pantalones deshilachados.